

LOTHAR KNAUTH



EL CAMBIO DE UN ESTILO MILENARIO. LA REVOLUCION QUE VALIO LA PENA

En mayo de 1966 se inició el aluvión de noticias contradictorias que la Revolución Cultural china había de acarrear. Parecía comprobar que el régimen maoísta se encontraba en una situación precaria o, por lo menos, que había aparecido una nueva barbarie cultural. Los informes provenían, en general, de fuentes que en ninguna forma eran favorables a lo que pasaba en el país cuya población constituye la cuarta parte de la mundial y, para colmo, muchas de las nuevas divulgadas por las agencias noticiosas norteamericanas provenían de fuentes soviéticas. La retórica de los propios chinos, que hacía abundantes referencias a “monstruos” y “hierbas venenosas”, facilitó la confusión.

Hoy la China Popular ha vuelto a adquirir gran parte de su “imagen respetable”. Canadá, Italia y en América Latina, Chile, la han reconocido; la votación en las Naciones Unidas y los partidos de ping-pong con los norteamericanos comprueban que el país ha recobrado la iniciativa en las relaciones internacionales. No podemos sino plantearnos, ante el acopio de datos contradictorios, la interrogante de si valió la pena la Revolución Cultural o si no fue sólo un ejemplo de la megalomanía de Mao Tse-tung, que necesitaba reafianzar su posición tambaleante como jefe supremo de la revolución china.

Otro problema importantísimo es el papel desempeñado por el trasfondo histórico de la herencia social distintiva de China. Los chinos siempre han considerado las relaciones entre los miembros del cuerpo social como el objeto primordial de sus preocupaciones académicas y aun puede afirmarse que la mayor parte de la especulación filosófica china ha girado alrededor de las relaciones que cada miembro de la sociedad debe tener con los demás. De ello derivaron dos exigencias: una, el culto a los progenitores que sentaron las bases para una continuada existencia del organismo social, lo que se hace por lo común a través del ejercicio de la piedad filial; la otra, afirmación de que cualquier hombre puede y debe cultivarse a través del estudio. La primera garantizaba la continuidad del sistema tradicional mientras la segunda introdujo cierta movilidad social, aunque ésta no alcanzara sino a quienes se sometían a la disciplina del estudio del canon ortodoxo, que quedaban unidos por esta peculiar deformación cultural, a la capa de una burocracia elitista. Por medio de esta aceptación de los patrones ortodoxos se reclutaban elementos nuevos que mantenían la idea de que la mejor sociedad sería aquella en la cual cada quien tuviese el papel que le correspondía.

De esta manera, por más de dos mil años cambiaron las dinastías y permaneció intacto el esquema de un grupo burocrático escogido entre los estudiosos a través de un sistema de exámenes de mérito, y de una masa de gobernados, satisfechos con su papel de sujetos ignorantes. En la jerarquía social oficial los labradores tenían, en teoría, como productores de alimentos una posición alta inmediatamente después de la burocracia; en la práctica fueron los

explotados.

El país parecía haber encontrado la fórmula social perfecta, por lo menos para el grupo gobernante, más preocupado por la persistencia que por la innovación. China se sentía —y se autonombraba— el centro del mundo y creía en su misión civilizadora. Frente al ideario de las demás naciones que llegaron, como comerciantes, tributarios o invasores, prevalecieron siempre los valores sociales específicamente chinos.

En el siglo XVI los europeos llegaron por primera vez en número apreciable. Traían consigo dos novedades: la creencia de un dios creador que salvaba por medio del sacrificio personal, y una técnica que aunaba la destructividad de las armas de fuego y la movilidad de los barcos transoceánicos. Los chinos habían logrado similares elementos técnicos, pero no llegaron a idear su combinación para emprender una misión educadora en países lejanos.

Por lo pronto, la vanguardia de la invasión europea, los misioneros jesuitas, se acomodaron bien a la sociedad elitista china. Incluso sus informes sobre aquel país gobernado de acuerdo a la razón y a un plan habrían de influir durante la Ilustración europea en pensadores como Montesquieu. A la inversa, el impacto del pensamiento europeo en la China fue casi nulo.

Cuando a principios del siglo pasado la segunda ola de expansión europea llegó a las costas de China, al interés de la Ilustración por la especulación científica había sucedido el de la técnica aplicada de la Revolución Industrial. Nuevas ideas políticas habían contribuido al fenómeno de la Independencia de los Estados Unidos y de la Revolución Francesa; con ellas había aparecido el concepto de estado-nación, que fundaría su razón de ser en la acumulación de riquezas por la nueva forma de producción capitalista o por las guerras de saqueo.

Al principio, China resistió las incursiones europeas confiada en sus máximas confucionistas que debían hacerla una sociedad perennemente estable. Esta postura ética la llevaba a asumir una posición de altanería frente al impacto de la novedosa técnica extranjera y pronto resultó contraproducente. A través de varias guerras del opio, rebeliones internas como la de los Taiping y la revuelta de los Boxers, China, que antes no quería reconocer la autoridad de ninguna nación que no rindiera homenaje a su propio sistema, se vio privado de su soberanía y convertida en semicolonias por los invasores europeos.

El auge de la expansión europea, afianzado en el modo de producción capitalista, coincidió con la crítica de Carlos Marx para quien el poder de los explotadores existía gracias al proletariado trabajador. Ya en nuestro siglo, Lenin, con su teoría del imperialismo, extendió a escala mundial el concepto de Marx, separando a las naciones en explotadoras capitalistas, y coloniales y semicoloniales explotadas.



En la China semicolonial los representantes del poder imperialista habían utilizado a miembros de la sociedad tradicional para comunicarse con los demás sectores de un mundo que no comprendieron. Esta “burguesía compradora” pronto se convirtió en agente de un cambio social superficial. La continuidad institucional de la tradición imperial china terminó con la revolución de 1911, y la burguesía compradora —y aun la nacional— empezó a pensar que la república liberal resolvería mejor los problemas que los acosaban. La revolución debilitó aún más a China, que empezó a sufrir las pandillas militares, primeras en beneficiarse de la superficial modernización técnica. Las naciones extranjeras trataron de sacar ventajas de la desunión del país y la aumentó la presión del Japón, advenedizo al rango de los países imperialistas.

En esta coyuntura como resultado de la Primera Guerra Mundial, ocurrieron dos eventos que ejercerían una gran influencia en el futuro del país: el surgimiento del poder soviético en Rusia, con base en un movimiento marxista organizado bajo las premisas de Lenin; y el Movimiento del 4 de mayo, que tal vez mereciera el nombre de la Primera Revolución Cultural China. El Movimiento del 4 de mayo en el cual los estudiantes e intelectuales desempeñaron un papel decisivo, empezó como una protesta contra el imperialismo japonés pero de hecho era la culminación del primer intento por liberar a China del formalismo cultural heredado. Fueron aclamados los principios de *Ciencia y Democracia* y empezó a exigirse que se escribiera en lenguaje popular y no en el estilo rebuscado de los literatos mandarines.

Los estudiantes de Pekín en su manifiesto del 4 de mayo de 1919 mencionaban a Francia, a Italia y a Corea como naciones que habían luchado por sus derechos nacionales, pero ignoraban todavía el ejemplo soviético. En la última parte de su llamado a la acción decían:

Nos estamos acercando a una crisis en la cual nuestro país está amenazado de ser subyugado. . . Si este pueblo no llega a unirse en un esfuerzo de última hora para salvarse, constituirá de hecho la raza más inútil del siglo veinte. No deberían siquiera ser considerados como seres humanos. ¿No es verdad que existen por lo menos algunos hermanos que rehusan aguantar la tortura de ser esclavos y bestias de carga y que desean resueltamente salvar a su país? . . . En cuanto a los que por voluntad y traición venden nuestra patria al enemigo, tendremos que recurrir al recurso último de bombas y pistolas para habérmola con ellos. . .¹

Destacados intelectuales de Europa, Estados Unidos y Asia —como Bertrand Russel, John Dewey y Rabindranath Tagore— viajaron a China para discutir sus ideas con estudiantes e intelectuales. Escritores chinos como Lu Hsün reflexionaban sobre las

debilidades de la mentalidad tradicional. Fue por entonces que un joven normalista de la provincia de Junan escribió un ensayo sobre la importancia de la educación física para el futuro del país. Este joven, Mao Tse-tung, confesaría más tarde:

Por aquel entonces mi mente era una mezcla curiosa de ideas de liberalismo, reformismo democrático y socialismo utópico. Tenía una pasión, un tanto vaga, por la “democracia del siglo XIX”, el utopismo y el liberalismo tradicional, pero definitivamente era anti-militarista y anti-imperialista.²

Dos años después, unos cincuenta miembros, entre los que se encontraba Mao Tse-tung, fundaron el Partido Comunista de China. Al principio la organización leninista de partido sirvió de modelo más al Partido Nacionalista (el *Guo min dang*) que a los comunistas. Pronto, a la muerte de Sun Yat-sen, líder de las fuerzas liberales, era ostensible que el ala derecha del *Guo min dang*, al mando de Chiang Kai-shek, lograría la preponderancia.

Mao Tse-tung, que había dirigido el departamento campesino del Partido Nacionalista, se refugió en un área soviética y, consciente de que “el poder nace del fusil”, recurrió a las bombas y a las pistolas en una lucha armada contra los dueños del poder ya fueran caudillos militares o líderes del *Guo min dang*.

Significativamente, el primer ensayo de sus *Obras Escogidas*, escrito en marzo de 1926, es un análisis de clases en la sociedad china:

¿Quiénes son nuestros enemigos y quiénes nuestros amigos? Esta es una cuestión de importancia primordial para la revolución. . . A fin de conquistar con seguridad la victoria en la revolución y no conducir a las masas por un camino erróneo, tenemos que cuidar de unirnos con nuestros auténticos amigos para atacar a nuestros verdaderos enemigos.³

Declaraba que el proletariado industrial era la fuerza dirigente de la revolución y que los amigos más cercanos eran los semiproletarios y la pequeña burguesía. Entre los enemigos señalaba a “todos aquellos que se están confabulando con el Imperialismo: los caudillos militares, los burócratas, la clase de los grandes terratenientes, la burguesía compradora y el sector reaccionario de la intelectualidad que está subordinado a aquéllos”. Para entender la política maoísta posterior es importante tener en cuenta esta división de la sociedad en amigos y enemigos.

Bajo la presión de las fuerzas militares nacionalistas se tuvieron que abandonar las bases comunistas en el sur de la China. Después de la épica Gran Marcha, durante la cual Mao concentró el poder en sus manos, las fuerzas comunistas establecidas en Yenan, en el Noroeste, emprendieron una Guerra de Resistencia contra la invasión japonesa. En octubre de 1938 Mao afirmaba su internacio-



1942 Mao, ante la necesidad de incorporar un gran número de intelectuales carentes de conciencia proletaria que se habían refugiado en la región controlada por las fuerzas comunistas, organizó en Yenan el Foro sobre Literatura y Arte. Entonces afirmó:

Existiendo un criterio político y un criterio artístico, ¿cuál es la relación entre ellos? La política no equivale al arte, ni una concepción general del mundo equivale a un método de creación y crítica artísticas. No sólo negamos que haya un criterio político abstracto y absolutamente invariable, sino que haya un criterio artístico abstracto y absolutamente invariable; en toda sociedad de clases cada clase tiene sus propios criterios políticos y artísticos. . . Lo que exigimos es la unidad de la política y el arte, la unidad del contenido y la forma, la unidad del contenido político revolucionario y el más alto grado posible de perfección de la forma artística. Por progresista que sea en lo político, una obra de arte que no tenga valor artístico, carecerá de fuerza. Por eso nos oponemos tanto a las obras artísticas con puntos de vista políticos erróneos como a la creación de obras al “estilo de cartel y consigna”, obras acertadas en su punto de vista político pero carentes de fuerza artística.⁵

Con el triunfo de las fuerzas comunistas y la fundación de la República Popular, el 1o. de octubre de 1949, la dirección del partido tuvo que enfrentarse a dos problemas formidables. El primero era el construir una moderna economía socialista autosuficiente y el segundo, modificar las actitudes tradicionales que consideraban al grupo selecto de literatos burócratas como el depósito de toda la herencia cultural, que sobrevaloraban el quehacer intelectual y directivo y despreciaban la obra manual, fuera en el campo o en la fábrica.

De estas luchas iba a surgir la división del partido entre los “expertos” y los “rojos”. Los expertos pensaban que los tecnócratas debían guiar los destinos del país, mientras que los rojos, entre ellos Mao, mantenían que lo importante era la convicción y la actitud política más que el conocimiento específico, ya que el futuro del país dependía de la movilización de todos los elementos de la sociedad capaces de engendrar riqueza, pero que hasta entonces habían sido eliminados del proceso político-social activo.

Reapareció entonces aquella exigencia que siempre había existido dentro de la tradición cultural china, según la cual el hombre puede y debe cultivarse a través del estudio. Esta tendencia iba ahora a ser utilizada en el proceso de reeducación para reemplazar las viejas actitudes por otras nuevas que anularían las predisposiciones elitistas. Este gran esfuerzo de reforma de pensamiento [se *hsiang gai tsao*], se denominaría en el “mundo libre” “lavado de cerebros”.

Ese énfasis en el componente práctico de la ideología desempe-

nalismo marxista, pero señalaba que el marxismo podría ponerse en práctica en China sólo integrado a sus características propias e imprimiéndole una forma nacional:

Si los comunistas chinos que son parte de la gran nación china, carne de su carne, sangre de su sangre, hablasen del marxismo separándole de las características de China, su marxismo no pasará de ser abstracto y vacío. Por ello, el problema que todo el Partido ha de comprender y resolver con urgencia es cómo aplicar el marxismo concretamente en China, de modo que todas sus manifestaciones tengan un carácter inequívocamente chino, es decir, aplicar el marxismo a la luz de las características de nuestro país. Debe eliminarse el estilo del cliché extranjero, debe haber menos cantinelas abstractas y vacías, y debe mandarse a descansar el dogmatismo, dando paso al estilo y espíritu chinos llenos de vida y lozanía, que gustan a la gente sencilla de nuestro país.⁴

Este énfasis al gusto de la “gente sencilla” [*lao bai hsing*] desde luego se refería a una cultura de la clase proletaria. En mayo de

ñaría también un papel de importancia en la contienda que sobre la dirección del movimiento marxista-leninista internacional tendrían con los soviéticos después de la muerte de Stalin.

Cuando el conflicto chino-soviético canceló la ayuda especializada de los soviéticos y dejó al país con la tarea de adquirir su propia técnica avanzada para solucionar el problema del desarrollo, China se planteó las eternas interrogantes sobre la conveniencia de crear un grupo selecto y una burocracia especializada a quien entregar el destino del país, o de considerar la modernización como un problema que implicara la movilización de todos los miembros de la sociedad. Optó por un proceso prolongado del que surgirían los conocimientos y que generaría al mismo tiempo la confianza en el pueblo en sí mismo.

Mao siempre tuvo una fe casi infantil en el poder de las masas y eligió la segunda alternativa en 1958, aunque perdió el primer round cuando el Gran Salto Hacia Adelante no produjo resultados espectaculares.

Temiendo que una nueva *élite* administrativa se apoderase de los destinos del Partido y del país, lanzó su llamado a las masas en la XI Sesión Plenaria del Comité Central del Partido, en agosto de 1966. No había que temer desórdenes, puesto que desde 1958 el pueblo, alentado por la finalidad de construir el socialismo, se habría transformado en un pueblo que se atrevía a pensar, hablar, actuar y abrirse paso con un entusiasmo ponderado y un alto espíritu combativo. La Sesión Plenaria insistía también en que todos deberían inspirarse en las grandes y nobles aspiraciones del proletariado y abrir caminos que hubiese explorado y escalar cumbres aún no conquistadas. Se sintió la exigencia de oponerse a los que actuaban como señores burócratas y cabalgaban sobre las masas, dictando órdenes a ciegas.⁶ Esto implicaba una seria acusación a los dirigentes del partido. Otro ataque a los expertos se halla en la exigencia de romper con estereotipos extranjeros y seguir un camino propio para lograr el desarrollo industrial.

Los partidarios de Mao también estaban conscientes de las implicaciones internacionales de sus procedimientos pero estaban convencidos de que vivían en “una nueva era de la revolución mundial” en la cual todas las fuerzas políticas experimentaban una gran conmoción, se dividían y se reagrupaban. Pensaban que la camarilla dirigente revisionista soviética seguía la política de cooperación soviético-norteamericana para dividir el mundo creando una nueva Santa Alianza “anticomunista, antipopular, contrarrevolucionaria y antichina”.

Aún antes de la Sesión Plenaria, a principios de junio de 1966, había aparecido en el *Diario del Pueblo* [Ren Min Ri Bao] un editorial que clamaba por “Una gran revolución que llegara al alma misma de la gente”.⁷

Durante la Primera Guerra Mundial Lenin había abogado por la pureza del movimiento marxista frente al oportunismo, que cola-



最高指示

boraba con el patriotismo; ahora Mao Tse-tung, cuyo partido había sido vilipendiado por los dirigentes soviéticos como “dogmático”, “sectario”, y “aventurero de izquierda”, sentía atacado lo que él consideraba ser precisamente el marxismo-leninismo. Lin Biao intentó reivindicar la grandeza de Mao en las frases introductorias de la segunda edición del famoso *Libro rojo*:

El camarada Mao Tse-tung es el más grande marxista-leninista de nuestra época. Ha heredado, defendido y desarrollado de manera genial y creadora, y en todos sus aspectos, el marxismo-leninismo, elevándolo a una etapa totalmente nueva.⁸

En la reunión del Departamento de Propaganda del Comité Central se abrió el ataque contra Chou Yang, vicepresidente del departamento, bajo la acusación de haber formado “una camarilla revisionista contrarrevolucionaria, cuyo núcleo era una mafia de representantes de la línea negra en literatura y arte”, que en vez de aceptar el carácter de clase de cada hombre, había promovido descaradamente un programa por una “literatura y arte para todo el pueblo”. La reunión atacó la teoría burguesa de la naturaleza humana y defendió el método de trabajo creativo que integraba el *realismo revolucionario* con el *romanticismo revolucionario*. Ade-

más, se opuso al *realismo crítico burgués*, a la *teoría de escribir la verdad* y a la exposición del “lado oscuro” de la sociedad socialista.⁹

Irónicamente, en los años cincuenta, Chou había dirigido muchos ataques contra escritores disidentes, y ahora se le culpaba por haber propagado en los años treinta la consigna literaria burguesa de “literatura de defensa” contra la consigna proletaria del escritor Lu Hsün de una “literatura de las masas para la guerra revolucionaria nacional”. Sin embargo su crimen mayor había sido que

se opuso de manera frenética al principio formulado por el presidente Mao Tse-tung de que en la crítica literaria y artística debe ponerse en el primer lugar, el criterio político y en el segundo, el criterio artístico y expresó delirantemente que la calidad artística “juega el papel decisivo” y sólo cuando se logra un alto nivel artístico, la política puede ser lo primero.¹⁰

En otras palabras, Chou Yang no había entendido la consigna formulada en la Undécima Sesión Plenaria del Comité Central, del 12 de agosto de 1966, que aprobó el decreto de la Revolución Cultural y que enfatiza que

hay que ser alumno de las masas antes de convertirse en maestro de ellas.¹¹

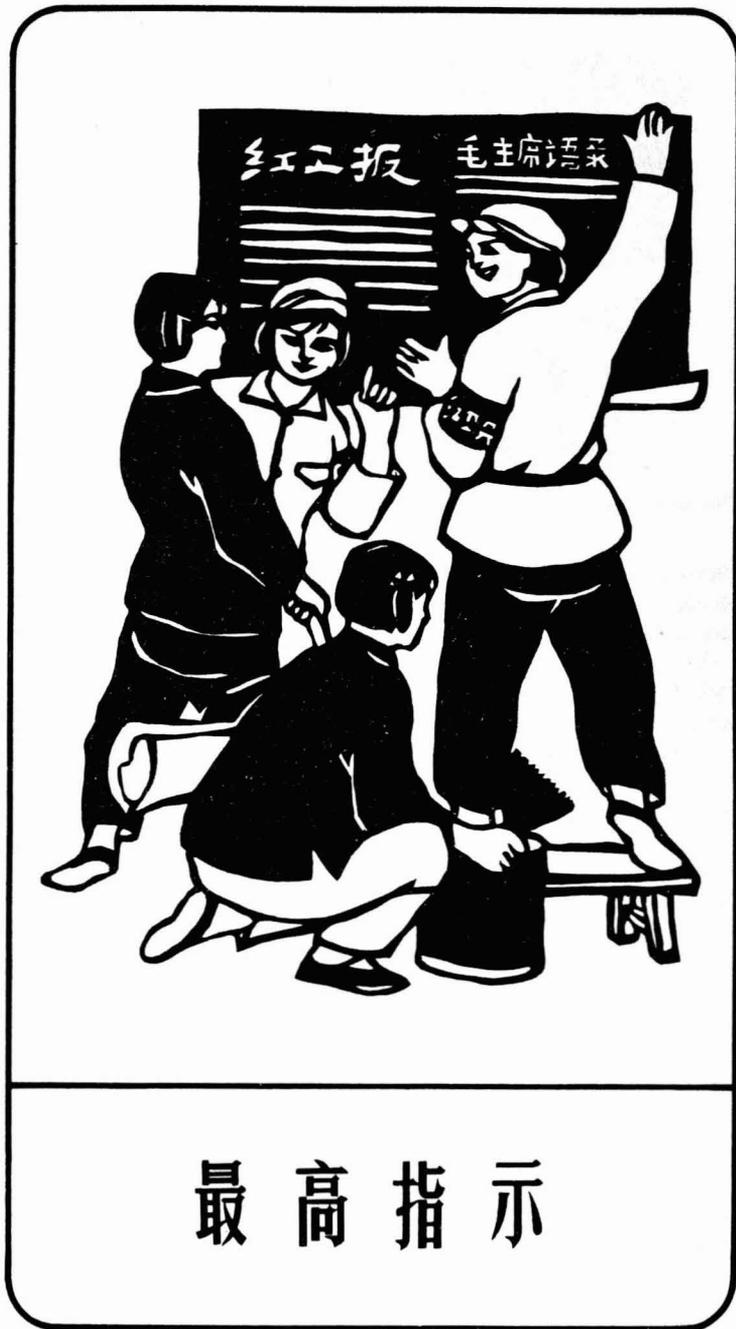
El proceso de depuración que llevó a cabo la Gran Revolución Cultural es bien conocido, en especial sus excesos. Las acusaciones a los representantes de la línea negra empezaron con los ataques contra Chou Yang y la dirección del partido en Pekín, y culminaron con la destitución de Liu Shao-chi, considerado alguna vez el heredero de Mao Tse-tung, a quien sustituyó por Lin Biao. Los organismos de masas del partido fueron disueltos y sustituidos por las guardias rojas y luego se constituyeron nuevas formas de organismos dirigentes en los comités revolucionarios.

Otro aspecto de la movilización de masas no reportada debidamente han sido las campañas auxiliares para reforzar el impacto del mensaje revolucionario de las *Citas del Presidente Mao*, convertidas en cartilla de educación socialista.

En 1958, Mao había afirmado que la pobreza y la desnudez características de la población china, que aparentemente era mala, en realidad era un buen elemento, porque

la pobreza impulsa al anhelo de cambio de acción, de revolución. En una hoja de papel desnuda, se pueden escribir las palabras más nuevas y hermosas y pintar los cuadros más originales y bellos.¹²

Este concepto de la hoja de papel capaz de recibir palabras



最高指示

nuevas fue reforzado por los cartelones revolucionarios con grandes caracteres (*da dsebao*) que Mao mismo caracterizó como un nuevo tipo de arma extremadamente útil para que las masas pudieran mostrar plenamente lo que pensaban. A través de estas hojas de papel se llevó a cabo la comunicación de la Revolución Cultural y sus ataques personales. Estas planas impartieron también un sentido de participación mucho más grande que el que viene de leer hojas de propaganda impresas en miles de ejemplares.

En marzo de 1949, Mao había pronunciado un discurso “Sobre los métodos de trabajo de los comités del Partido”, en el cual hacía un llamado a “aprender a tocar el piano”. El comité del Partido debía asir firmemente la tarea central y, al mismo tiempo, desplegar en torno a ésta el trabajo en otros terrenos:

Dondequiera que haya un problema, tenemos que pulsar la tecla correspondiente: éste es un método que debemos dominar.¹³

Es decir, deberían orquestarse las acciones sociopolíticas. Este tema se reforzó en 1968 cuando se celebraron las presentaciones de las canciones de la ópera de Pekín con acompañamiento de piano, como un ejemplo del concepto de Mao Tse-tung de “hacer



que lo antiguo sirva a lo presente, y lo extranjero a China". En el occidente se decía que sólo la predilección de la mujer de Mao, Chiang Ching, por el piano había dado lugar a esta campaña.

La mística de la Gran Marcha que a principios de los treinta trasladó el poder rojo del sur de la China a la base de Yenán siempre ha merecido un lugar especial en la tradición revolucionaria china. Para subrayar este momento de gran significado histórico los guardias rojos emprendieron grandes marchas. La superación personal capaz de proyectar una nueva imagen se enfatizó también en el hecho famoso incidente de que Mao nadara en el río Yang-dse. En el occidente y en México estos incidentes causaron hilaridad y se consideraron demasiado ingenuos para servir de modelo.

Sin embargo, con la aparición del Libro Rojo aumentaron las noticias sobre la eficacia del pensamiento de Mao Tse-tung. Gracias a él se curaban sordomudos y los jugadores de tenis de mesa ganaban sus partidos. Cuando se informó que China había sintetizado la insulina y lanzado su primer satélite al espacio, algunos círculos se interesaron en la Revolución Cultural y ésta dejó de ser motivo continuo de risa.

Si la cultura es "la total herencia social del hombre, todo el conocimiento, credos, costumbres y habilidades que adquiere un miembro de la sociedad",¹⁴ entonces, al convertir en participantes de la tarea a todos los miembros de la sociedad, una cultura democrática obviamente no puede pertenecer solamente a un grupo limitado, ni tampoco carecer de sentido para las masas. Una tecnología manejada por algunos especialistas de ninguna manera puede movilizar todo el poder creativo de un pueblo. La existencia de grupos que maniobran se hace onerosa cuando aumenta el nivel de socialización. Su auge exige un consenso que surge de la participación, o por lo menos una base común de conocimientos que ayudan en la solución de problemas generales. Para este fin fue escrito el libro rojo de las *Citas del Presidente Mao Tse-tung*. Su sabiduría no consta de sutiles especulaciones sólo para expertos, sino que sus lugares comunes sirven para una nación que quiere cambiar aquellos aspectos de su herencia social milenaria incapaces de solucionar los problemas de hoy, que quiere crear una sociedad donde el hombre no se venda a quien más paga, sino en la cual cada quien desempeñe su papel social por la satisfacción que deriva de contribuir a un nuevo ideal. Este ideal considera que la fuerza creadora del hombre produce valores útiles para la sociedad, ya sea él campesino u obrero, intelectual o dirigente político y que la suma de esos esfuerzos logra la superación nacional.

Así que el Libro Rojo es algo como el *Almanaque del pobre Ricardo*,¹⁵ escrito hace doscientos años por Benjamín Franklin, que está lleno de útiles lugares comunes espigados de la herencia social anglosajona, y que servían, aunque a veces trillados, como

nuevos valores para la sociedad estadounidense en formación. Más que por brillantez de exposición, las *Citas* y el *Almanaque* se destacan por su sentido común; o como escribió Benjamin I. Schwartz, de la Universidad de Harvard, al discutir tratando los acontecimientos recientes de la China Popular:

Bien puede ser que la visión maoísta no sea totalmente compatible con las exigencias de la modernización, pero la modernización tampoco ha sido plenamente compatible con la democracia jefersoniana.¹⁶

Desde este punto de vista, la Revolución Cultural definitivamente "valió la pena" ya que, sensible para con un específico trasfondo histórico, cambió un estilo milenario.

Notas

- 1 *Bei-dying hsüeh-dyieh Tien-an-men da-juei hsüan-yen* [Manifiesto de los estudiantes en su mitin en el Tien-an-men]; véase Chow Tse-tsung: *The May Fourth Movement*, Stanford, 1960, pp. 107 y 108.
- 2 Stuart Schram: *Mao Tse-tung*, Londres 1965, p. 37.
- 3 Pekín, 1968, t. I, p. 9.
- 4 "El papel del Partido Comunista en la Guerra Nacional", *Obras Escogidas*, Pekín, 1968, t. II, p. 216.
- 5 "Intervenciones en el Foro de Yenán sobre Arte y Literatura", *Obras Escogidas*, Pekín, 1968, t. III, pp. 88-89.
- 6 "Comunicado de la XI Sesión Plenaria del Comité Central elegido en el VIII Congreso Nacional del Partido Comunista de China (Aprobado el 12 de agosto de 1966)", *Pekín Informa*, 34 (1966).
- 7 2 de junio de 1966; cf. *Pekín Informa*, 23 (1966) pp. 6-7.
- 8 Fechado el 16 de diciembre de 1966; véase *Pekín Informa*, 52 (1966) p. 7.
- 9 "Enarbolar la gran bandera roja del pensamiento de Mao Tse-tung y denunciar enérgicamente a Chou Yang, cabecilla de la pandilla siniestra en los círculos literarios y artísticos", *Pekín Informa*, 34 (1966), pp. 29-35.
- 10 *Ibid.*, p. 32.
- 11 Reitera el punto 16 de la Decisión del Comité Central del Partido Comunista de China sobre la Gran Revolución Proletaria (8 de agosto de 1966); véase *Pekín Informa*, 33 (1966), p. 13.
- 12 "Presentación de una cooperativa" (15 de abril de 1958) en *Citas...*, p. 36.
- 13 "Métodos de trabajo de los comités del Partido" (13 de marzo de 1949) *Obras Escogidas* (Pekín, 1968), t. IV, p. 393; también en *Citas...*, p. 116.
- 14 Leonard Broom y Philip Selznick: *Sociology*, Nueva York, 1963, p. 52; véase también Clyde Kluckhohn: "The Study of Culture" en Lerner y Lasswell (eds.): *The Policy Sciences*, Stanford, 1951, quien lo describe como: "el modo de vida distintiva de un grupo de personas, su diseño completo para la vida", p. 86.
- 15 *Poor Richard's Almanack* fue publicado por Franklin bajo el *nom de plume* de Richard Saunders entre 1733 y 1758, y continuó después de haber sido vendido hasta 1796.
- 16 "Modernization and the Maoist Vision: Some Reflections on Chinese Communist Goals", *The China Quarterly* (enero-marzo de 1965) p. 19; véase también por el mismo autor: *Communism and China, Ideology in Flux*, Cambridge, Mass., 1968, p. 185.